

EL MUNDO PINTORESCO

PERIÓDICO SEMANAL.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, BIOGRAFÍAS, MÚSICA, TEATROS, MODAS Y TOROS.

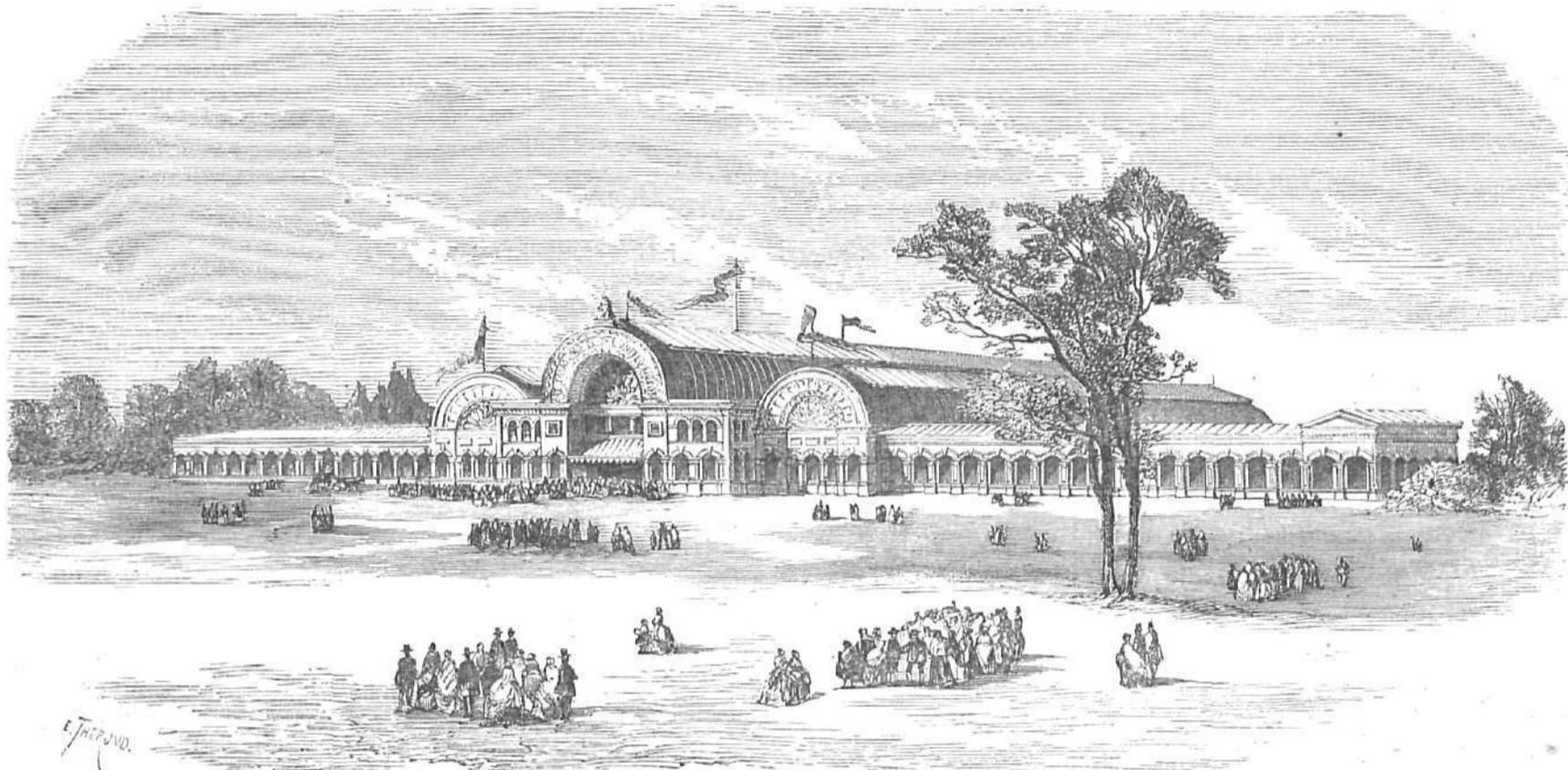
PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.....	Un mes.	8 rs.
	Tres meses.	20
EN PROVINCIAS.	Un mes (franco de porte).	10
	Tres meses.	24

N.º 4.

2 Mayo 1858.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Desengaño, núm. 10.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.



Palacio de la esposicion de Manchester.

EL DOS DE MAYO.

No hay español que en este día no se sienta inspirado con el santo amor de la patria.

No hay uno solo que deje de conservar indelebles en la memoria, los sucesos que tuvieron lugar en la capital de la monarquía el 2 de mayo de 1808.

Creemos inútil pintar la situación del país en esa época, por ser conocida de todos. Ella ha constituido precisamente, los relatos de nuestros abuelos en las noches de invierno, ha hecho latir nuestros corazones de niños, y ha provocado las primeras lágrimas de enojo, contra el extranjero.

Huella tan profunda en nuestras almas ha dejado, que jamás el soplo matador del tiempo logrará despojar á la memoria, del horroroso pero á la vez gran cuadro, que para nosotros representa una de las glorias nacionales.

Hemos dicho que renunciábamos á pintar la situación de España en 1808, pero es imposible. ¿Cómo puede calentar el sol sin aparecer en el horizonte? ¿Cómo podremos consagrar un homenaje de admiración y respeto en el altar de la patria, sin hacer mención de ella?

¡Oh! Cuando el entusiasmo brota del corazón, cuando la bandera de la independencia ennegrecida con la sangre de nuestros padres se agita llena de orgullo en las torres y alcázares de Iberia, cuando este suelo privilegiado parece conmovido por las pisadas de los corceles extranjeros y el rumor de las armas francesas, cuando del fondo de los sepulcros de los mártires de la libertad álzase un grito que venganza pide, no, no es posible permanecer indiferente, mudo, ante dolor tan grande, tan justo, tan sagrado.

¡Españoles! Sobre vuestras frentes quiso imprimir la

mancha del baldon, el hombre cuyas plantas descansaban en la tierra y su cabeza en la luna. El señor de los franceses, el rey de los ejércitos, el vencedor de Italia, el que sembró de cadáveres el camino del Cairo hasta San Juan de Letran, el que se proclamó libertador de la Europa cristiana y profeta mahometano de los pueblos musulmanes, el que juró con Alejandro I, repartirse el imperio del mundo y fué á descansar á Moscou en el lecho del legítimo rey de aquella nación espantada, que incendiaba las villas y ciudades á su paso de Titan.

Poseedor de una de las coronas mas preciadas de Europa, jefe supremo de un pueblo inteligente y valeroso, quiso además imponer su voluntad á cuantos soberanos contrastaban con su poder. De los reyes hacia vasallos, de sus vasallos reyes: las testas coronadas huían de sus reinos y los reinos convertíanse en simples colonias de su imperio. Mudos los hijos del suelo castellano ante espectáculo tan aterrador, no temían ni esperaban habérselas con aquel mal llamado su amigo. Mas llegó el tiempo en que debiera como siempre apostatar de sus promesas, y con la astucia que le distinguía, salvó los Pirineos para traernos otro rey, que no el apetecido.

Entonces los campos de este país perdieron su verdor bajo las pisadas de sus ejércitos; los árboles dieron sombra á los ambiciosos invasores; los rios casi se secaron para aplacar la sed de aquellos obedientes esclavos; y con avidez traidora, satisfacían el hambre con los riquísimos frutos, nunca por sus labios tocados, de nuestro fecundo suelo.

España aparentaba dormir, las tradiciones de Carlos III parecían perdidas; paralizado el comercio y el trabajo, muertas la literatura y las artes, falta de fuerzas navales, escasa de soldados, sin recursos el tesoro y notándose en las colonias cierta fermentación revolucionaria.

Mas se engañaron los invasores: ellos esperaban que les salieran al encuentro tropas perfectamente organizadas y dirigidas por hábiles guerreros; solo vieron pobres y andrajosos pastores, cuyas armas eran la honda y el cayado; infelices labradores diseminados y sin dirección, con los instrumentos de la labranza; ciudadanos faltos de pan que abandonaban sus hogares.

Cuando se persuadieron que la conquista de los valles y las montañas era imposible, llegaron sedientos de venganza á las débiles é indefensas ciudades.

Madrid fué la primera que, desafiando las poderosas fuerzas que la avasallaban, se sublevó contra los que querían imponernos un rey extranjero.

Mas ¡ay! caro costó á este desgraciado vecindario el primer grito defensor de su rey y de su Patria. Trabóse una lucha terrible entre los conquistadores y el desarmado pueblo, quedando este último vencido y derramando su inocente sangre en el prado de san Gerónimo, donde hoy se alza el monumento consagrado á Daoíz y Velarde, héroes principales de aquel día funeral.

La solemne protesta del pueblo madrileño, con sangre de sus hijos sellada, fué la semilla de una insurrección general. Todos los españoles empuñaron las armas y juraron vencer ó morir. Hombres, mugeres, niños, se apresuraron al combate. Y en tanto que los enemigos saciaban su rabia en el hogar doméstico, empleándose con las doncellas y los niños de pecho, ultrajando nuestro resplandeciente honor, ó bien saqueando nuestros templos, bibliotecas y museos, los castellanos vencían; pero vencían en los campos de batalla, desarmaban regimientos enteros, y aquel que pesaba sobre el mundo como un coloso de hierro, comenzó á vacilar á los fieros golpes de Castaños y Reding y al cabo quedó vencido.

¡Gloria eterna á los españoles! ¡Gloria inmortal á Zaragoza, Talavera, Gerona, Bailen y Madrid!

¡Que ilumine siempre nuestras frentes un rayo de libertad, para que se estremezcan los tiranos!

Por funesto que sea para nosotros recordar este soleado día y por mas que llanto inspiren las víctimas cuya memoria nos es tan dolorosa, confúndense al mismo tiempo los tristes sucesos con el orgullo nacional y el amor patrio que inundan nuestra alma de alegría.

Vosotros lo sabeis, españoles, esa época es la mas gloriosa de nuestra historia. El 2 de mayo fué la aurora vespertina de un sol de esperanza. A poco ganasteis vuestros derechos constitucionales, emancipáronse las colonias que habiais civilizado y se desarrolló el comercio interior, llegasteis á la via de los pueblos modernos, tuvisteis mejoras económicas y administrativas, la instruccion pública se generalizó mas, las carreteras se mejoraron, se dió principio á obras que os honran ya, se limpiaron los caminos de las gavillas de bandidos que los infestaban, las artes se protegieron y adelantaron, la literatura produjo á Quintana y tras él á esa pléyade de trovadores que aun deleitan con sus cantos, la prensa periódica apareció verdaderamente, y entrasteis en fin en una era de civilizacion.

Todo esto se debe al 2 de mayo.

Y los que olvidando que fuimos señores de otro mundo á nuestras espensas descubierto, no tuvieron en cuenta tampoco que nuestros reyes dominaron en Alemania, Italia, Africa y Tierra Santa, los que nos consideraron pigmeos sin mirar que éramos los vencedores de Pavía y San Quintín, los que despreciando nuestra historia no vieron á Sagunto y á Numancia, á Pelayo y al Cid, los que no comprendieron que cuando se defiende la patria batallan nuestros niños y mugeres, estrellaron su grandeza y poderío, hallaron sus ruinas entre las cenizas de un gran pueblo, á cuyo choque saltaron las llamas escondidas que nunca mas se extinguirán.

Triste leccion llevaron los enemigos; ningun déspota intentará invadir este suelo donde halló su caída el mas alto de los conquistadores.

Hoy que con Francia nos estrechan lazos de amistad, sentimos en el alma haber estampado las líneas anteceden-tes, porque pesan como una inundacion de sangre sobre ella, mas no puede resistirse á esa voz interna, que no es la venganza ó el despecho, sino un sentimiento de dolor que estalla por sí mismo.

Solo por un instante permítase al MUNDO PINTORESCO ser eco de la conciencia pública.

FEDERICO UTRERA.

ESTUDIOS HISTORICOS.

(Continuacion.)

IV.

En todas partes se atacaron los europeos y las guerras se sucedieron á las guerras; y no bastan los dos mundos para campo de batalla.

Si en el antiguo se presenta Marignan al lado de Pavía, en el nuevo es Thassala al de Otunuda.

Si en el antiguo el almirante es Doria, en el nuevo es Colon.

Si los reyes católicos son Carlos V y Francisco I, en el islamismo son Mahomet II y Soliman el magnífico.

Si los héroes son el Gran Capitan, Garcia de Paredes, el caballero Bayardo y Nemours en el Occidente, en el Oriente es Haridan Barbaroja, y si Rodas venga á Granada, Lepanto á Rodas.

Si Carlos V abre el siglo con la toma de Tunes; Felipe II lo cierra con la batalla de San Quintín.

V.

Pero detrás de las batallas llegaron las traiciones.

Un Médicis es asesinado por otro Médicis.

El que descubre el Nuevo Mundo muere en la miseria en el antiguo.

Don Juan de Austria muere envenenado.

La Inglaterra ensaya su hacha en el cuello de cuatro reinas, para cortar un siglo despues la cabeza de un rey. Condé muere en Jarnac asesinado.

El conquistador del Perú perece en una traicion.

Un condestable de Francia es herido en San Dionisio por Baubygnny, que venga una injuria.

Don Carlos de Austria muere misteriosamente.

El Africa, Asia y América mudan de dueño, á medida que van llegando pabellones de Europa; un navio salido de España, Portugal, Francia, Inglaterra ó Holanda trae á bordo el degüello de una tribu errante del Canadá. Por una miserable factoría, es cargada de cadenas una familia negra de la costa de Guinea.

Segun eran los tratados de paz, así mudaba de dueño un reino entero de la India.

VI.

Las Artes, como el ave fenix, renacen de sus cenizas.

La proteccion concedida á estas, por Leon X y Julio II, las eleva hasta un punto tal, que ni pudo ser soñado por los antiguos, ni los modernos despues han podido imitar.

Primeramente aparece Moisés.

Pero Moisés vivo, palpitante, que piensa y se agita bajo el manto de mármol que le cubre, colocado delante del sarcófago de uno de los descendientes de San Pedro, de un papa romano, pareciendo atar de una manera indisoluble el antiguo y nuevo testamento.

Hé aquí el primer monumento de escultura.

El de pintura en la escuela de Aténas, tambien del tiempo de Julio II.

La escuela de Aténas es la mas ingeniosa, la mas sublime, la mas grande que puede presentar el estilo poético y elevado de la pintura; composicion que escitará el pasmo y la admiracion de los antiguos, si á sus carcomidos huesos les animase un soplo de vida para que pudiesen preguntar en qué modelos se habia estudiado, dónde nuestra sagacidad habia aprendido á señalar sus puestos á tantos ingenios inventores; cómo nuestro talento habia adivinado el orden en el cual se debe honrarles y doblar la rodilla delante de su grandeza.

¿Y en qué pais, nos preguntarian esos ilustres huéspedes, en qué ciudad han depositado los modernos los mas recomendables testimonios de su gloria?

En Italia, en Roma, responderíamos llenos de orgullo; en Italia, en Roma, que no necesita demandar á la Grecia sus leyes, ni sus sabios; en Roma, la hija de los césares, en la ciudad eterna.

Allí hemos representado al legislador de los hebreos, animado por el fuego sagrado.

Allí hemos recordado en una pintura á los grandes maestros de Aténas.

Allí está ese lienzo admirable en un templo asilo de la oracion, levantado á la memoria del que murió en la cruz por su amor á la religion de Jesucristo, en San Pedro Advíncula.

VII.

Acaso se nos pregunte, por qué sucesion de edades, ideas, revoluciones, estudios y progresos, despues de tanta ignorancia y de tanta barbarie, se habia efectuado este cambio tan rápido en la perfeccion de las obras del ingenio humano.

Las grandezas construidas en Aténas por Pericles, las producciones debidas al cincel de Fidias y de Policreto, las de Zeuxis y Parrhasio, sus contemporáneos, habian ofrecido á la Grecia los modelos mas perfectos en escultura, arquitectura y pintura; en aquella época el arte se elevó á ciencia; su estilo grande, soberbio, profundo y noble, llegó hasta el siglo del grande Alejandro.

Llevados los romanos de su fama, visitaron á Tébas, Corinto y Aténas, estudiaron sus secretos mas profundos, y llegaron á descubrir las arterias que llevaban tanta riqueza.

Un primer desorden destruyó las estatuas de los Epaminondas y Pindaros. Metelo y Munio, cónsules, detuvieron, ya por compasion, ya por egoismo, ó ya por su amor á lo bello, el furor de destruccion que se habia apoderado del mundo, y los monumentos que tanta gloria dieron á los demás pueblos, fueron trasportados á Roma, y el arte nacido en Grecia, creció en Italia con igual gloria en el reinado de Augusto, Adriano y Diocleciano, degenerando en el tiempo de los Exarcas.

En el desorden de los siglos XIII, XIV y XV, la Italia, como todo el mundo, solo cultivó su decadencia.

En esta situacion apareció el siglo XVI, nace Miguel Angel y subleva de una vez las formas del arte.

Miguel Angel, poeta, dibujante sin igual, mas arquitecto que Brañante, no descansa un momento en su obra de regeneracion, y ochenta años no bastan para llevarla á cabo.

Miradle, apenas duerme, y si lo hace, es vestido para estar pronto, no pierde una hora: solo consigo mismo frente á frente, sin amistad, sin amor, sin ambicion, sin hermanos, solo se reserva la gloria, vive solitario como un leon en su cueva, austero, terco, melancólico y feroz, si le molestan ruge para que le dejen en paz.

En vano á su lado giran los imperios y los pueblos: en vano llega hasta sus oidos el rumor de la batalla y se enrojece el suelo de sangre; en vano se desploman las naciones, resuenan las armas y tiembla el suelo; solo escucha su pensamiento digno de comprender su genio.

Miradle con dos tareas á la vez; pues es preciso que atestigüe su paso por el mundo, y esto será.

Es preciso que levante un templo digno de Roma, que construya un monumento digno de la fuerza y valentia de su genio.

Allí está San Pedro, cuya cúpula á cuatrocientos pies del suelo, atestigua el vigor de su genio.

Allí está su firma, ese fresco inmortal como la conciencia que le dió vida, último día de la humanidad en que el hombre se encuentra frente á frente con su juez, sello de la inspiracion mas austera que incrustó en una pared sombría la escena mas formidable y mas terrible de la imaginacion.

Cuando á la opaca luz de las antorchas movidas por el viento, se contempla esa página de nuestra conciencia, diríase que un gigante artista cruzó por esta capilla y arrojó en sus paredes, esa vision apocalíptica, escena de pasmo y de terror.

Mas ¡ay! que era preciso morir.

Contempladle por última vez, triste y meditabundo, esculpiendo con su cincel divino, en la estatua de la noche, toda la melancolia de su alma, toda la poesía de su corazon; diríase que era un astro próximo á su ocaso, que siente que al hundirse en la tumba, se apaga el lumínar del mundo.

VIII.

El otro es Rafael, Rafael Sanzio, joven inspirado por los ardientes rayos de la poesía y de la idealidad.

El cielo es su morada y en él fija sus ardientes ojos llenos de admiracion, y descubre los misterios de lo invisible, de su pincel brotan los sueños y las visiones encantadas de su espíritu, *madonas* de frente pura, virginal, tocadas por velos transparentes de inocencia y de candor, y rodeadas de aureolas de virtud y de armonia.

La humanidad se transfigura bajo su pincel, y queriendo hacer de Dios un hombre, hace de un hombre un Dios, y obliga á bajar al cielo, hasta que él no suba al cielo.

¡No tardará; la morada del genio no es de este mundo! La vida es impotente y no puede contener lo absoluto; el bello ideal en la tierra no deja á la inspiracion que arrastre en el fango de nuestras miserias los girones de su manto.

La ciencia, el poder y la fuerza del hombre son limitados, y la dicha jamás se alcanza en este mundo.

Pero en esos cortos goces mundanos de nuestra vida, en medio de esos sueños falaces, y engañosos placeres de nuestra fantasia, lo que mas nos aproxima á la felicidad es el amor, es su imagen; por eso es un soplo, un rayo purísimo de la ciencia divina.

El amor fué el alimento de la vida del divino joven.

Solo hay tres caminos para librarse de las pasiones rateras y de las desconsoladoras calamidades de la tierra. Todas tres nos aproximan al cielo, rompiendo las cadenas que nos ligan á la humanidad: estos son el amor, la religion, y la gloria.

Triste, muy triste es la historia de esos genios, cuya frente se vé ya en la flor de la juventud, coronada de laurel, que deslumbran al mundo como los meteoros en las noches de estío, robustas creaciones, conceptos vivificantes, ilusiones de ensueños y fantasías, apenas son un leve soplo de un tiempo, que aunque rico en ficciones, es calenturiento y devorador.

—El cuerpo disipa muy pronto su robustez y energia.—

El espiritualismo de Rafael se vé en sus *madonas*; Rafael, semejante á Pigmalion, supo idear y pintar la hermosura abstracta mas pura del pensamiento humano, y dar á su alma una chispa del hogar celeste de virtudes que en vano antes que él habian intentado Ducio, Cimabue, y Masaccio, idealizacion de la materia, para representar la madre de Dios.

VICENTE CUENCA DE LUCERANI.

(Se continuará.)

LOS COMPAÑEROS DE JEHU,

1804

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDA

POR D. SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS

D. FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

(Continuacion.)

Pasemos á Anibal. ¿Sabéis cómo salió de Cartago? No tenía ni aun los diez y ocho ó veinte talentos de su predecesor Alejandro; pero como le era preciso dinero, tomó y saqueó, en medio de la paz y contra la fé de los tratados, la ciudad de Sagunto; desde entonces se hizo rico y pudo ponerse en campaña. Perdonad, ahora no es ya Plutarco, es Cornelio Népoie. Os supongo al corriente de su descenso de los Pirineos, de su subida á los Alpes, de las tres batallas que ganó apoderándose de los tesoros del vencido, y luego á los cinco ó seis años que pasó en la campaña. ¿Creéis que él y su ejército pagaban pensión á los Capuenses y que los banqueros de Cartago, que estaban embrollados, le enviaban dinero? No, la guerra alimentaba á la guerra, sistema Morgan, ciudadano. Pasemos á César. ¡Ah! César es otra cosa. Parto para España con alguna cosa, como treinta millones de deudas, y vuelve á poco: parte para la Gália, permanece diez años entre nuestros antepasados; durante estos diez años envía mas de cien millones á Roma; vuelve á pasar los Alpes; franquea el Rubicon; marcha derecho al Capitolio; fuerza las puertas del templo de Saturno en donde está el tesoro; allí toma para sus necesidades particulares, y no para las de la república, tres mil libras de peso de oro en barras; y muere, aquel que sus acreedores, veinte años antes, no querían dejar salir de su pequeña casa de la calle Suburra, deja dos ó tres mil tercios por cabeza de ciudadano, diez ó doce millones á Calpurnia y treinta ó cuarenta millones á Octavio. Sistema Morgan siempre; excepto que Morgan, estoy seguro de ello, moriría sin haber tocado por su cuenta ni al dinero de los Galos, ni al oro del Capitolio. Ahora saltamos mil ochocientos años y lleguemos al general Buonaparte.

Y el jóven aristócrata, como tenían por costumbre hacer los enemigos del vencedor de Italia, apoyó sobre la u, que Bonaparte había cercenado de su nombre, y sobre la s á la cual puso el acento cerrado.

Eso pareció irritar vivamente á Roland, que hizo un movimiento como para arrojarle adelante; pero su compañero lo detuvo.

—Dejad, dijo, dejad, Roland; estoy bien seguro que el ciudadano Barjols no dirá que el general Buonaparte, como le llama, es un ladrón.

—No, no lo diré yo, pero hay un proverbio italiano que lo dice por mí.

—Veamos el proverbio, dijo el general sustituyéndose á su compañero, y fijando en el jóven noble su mirada limpia, calma y profunda:

—Hélo aquí en toda su sencillez: *Francesi non sono tutti ladroni, ma Buonaparte*. Lo que quiere decir: «Todos los franceses no son ladrones, pero...»

—Una buena parte, dijo Roland.

—Sí, pero Buonaparte, respondió Barjols.

—Apenas la insolente palabra salió de la boca del jóven aristócrata, cuando el plato con que jugaba Roland se escapó de sus manos, y fué á herirle en mitad del rostro.

Las mugeres lanzaron un grito, los hombres se levantaron.

Roland se echó á reír á carcajadas con aquella risa nerviosa que le era habitual y volvió á caer en su silla.

El jóven aristócrata permaneció tranquilo, aunque un seguro de sangre corrió de su ceja por la megilla.

En este momento el conductor entró, diciendo según la fórmula de costumbre: «Vamos, ciudadanos viajeros, al coche.»

Los viajeros, obligados á alejarse del teatro del escándalo al cual acababan de asistir, se precipitaron hácia la puerta.

—Perdonad, caballero, dijo Alfredo de Barjols á Roland, espero que no seréis de la diligencia.

—No señor, soy de la silla de posta, pero estad tranquilo, no parto.

—Ni yo, dijo el inglés; desengachad los caballos, me quedo.

—Yo parto, dijo con un suspiro el jóven moreno que Roland había designado bajo el título de general; tú sabes que es preciso, amigo mio, y que mi presencia es absolutamente necesaria en otra parte. Pero te juro que no te abandonaría así, si pudiera obrar de otro modo...

Y diciendo estas palabras, su voz manifestaba una emoción de la cual su timbre, ordinariamente firme y metálico, no parecía susceptible.

Por el contrario, Roland parecía colmado de alegría; se hubiera dicho que aquella naturaleza en lucha se dilataba á la aproximación del peligro que había, sino hecho nacer, al menos que de ningún modo había tratado de evitar.

—Bien, general, dijo, debíamos separarnos en Lyon, puesto que habeis tenido la bondad de concederme una licencia de un mes para ir á Bourg, con ternura, no te hagas matar; pero, si es posible, no mates á tu adversario. Ese jóven, es un hombre de corazón, y quiero contar un día con todas las gentes de corazón.

—Se hará lo que se pueda general, quedad tranquilo.

En aquel momento el posadero apareció en el dintel de la puerta.

La silla de posta para París está enganchada, dijo.

El general tomó su sombrero y su baston puestos sobre una silla; pero, Roland por el contrario, le siguió con la cabeza descubierta, para que se viese bien que no hacía cuenta de partir con su compañero.

Alfredo de Barjols no se opuso á su salida. Por otra parte, era fácil ver que su adversario era de aquellos que buscan mas bien las querellas que de los que las evitan.

Este acompañó al general hasta el carruaje, en que subió.

—Este último, dijo sentándose, me hace mal dejarte solo aquí, Roland, sin un amigo para servirte de testigo.

—De ningún modo os inquieteis por eso, general; hay y habrá siempre gentes curiosas para ver como un hombre mata á otro.

—Hasta la vista, Roland; escucha bien, no te digo adios, te digo hasta la vista.

—Sí, mi querido general, contestó el jóven con una voz enternecida, oigo bien, y os doy gracias.

—Prométeme darme noticias tuyas despues de terminado el negocio, ó de escribirme por alguno; sino puedes tú mismo.

—¡Oh! No tengais cuidado, general; antes de cuatro dias tendréis una carta mia, contestó Roland.

Despues con un acento de asargura profunda:

—No habeis notado, dijo, que pesa sobre mí una fatalidad que no quiero que yo muera?

—Roland, dijo el general con tono severo: todavía...

—Nada, nada, dijo el jóven sacudiendo la cabeza y dando á sus facciones la apariencia de una indiferente alegría, que debía ser la expresión habitual de su rostro antes que le aconteciese la desgracia desconocida que, tan jóven, parecía hacerle desear la muerte.

—Bien. A propósito, trata de saber una cosa.

—¿Cuál, general?

—¿Cómo es que en el momento en que estamos en guerra con la Inglaterra, un inglés se pasea por Francia tan libre y tan tranquilo como si estuviese en su casa?

—Bien: lo sabré.

—¿Cómo?

—No lo sé todavía; pero cuando os prometo saberlo, lo sabré aunque deba preguntárselo.

—Mala cabeza, no vayas á provocar otro lance por ese estilo.

—En todo caso, como es un enemigo, no será ya un duelo, será un combate.

—Vamos, por última vez, hasta la vista y ábrzame.

Roland se arrojó con un movimiento de reconocimiento apasionado al cuello del que le acababa de dar aquel permiso.

—¡Oh! ¡general! exclamó, ¡qué feliz sería... si no fuera tan desgraciado!

El general lo miró con una aflicción profunda.

Algun día me contarás tu desgracia, fue es así, Roland? dijo.

Roland rió á careajadas, con aquella risa dolorosa que dos ó tres veces ya se había hecho paso entre sus labios.

—¡Oh! á fé mia, no, dijo; os reiriais demasiado.

El general lo miró como si hubiese mirado á un loco.

—En fin, dijo, es preciso tomar á las gentes como son.

—Sobre todo cuando no son lo que parecen ser.

—Tú me tomas por Edipo, y me aburres con enigmas, Roland.

—¡Ah! Si lo adivináis, general, os saludo rey de Tebas,

Pero con todas mis tonterías, olvido que cada uno de vuestros minutos es precioso y que os retengo aquí inútilmente.

—Tienes razón. ¿Tienes encargos para París?

—Tres: mis expresiones á Bourrienne, mis respetos á vuestro hermano Luciano, y mis mas tiernos homenajes á Mme. Bonaparte.

—Será hecho como lo deseas.

—¿En dónde os volveré á encontrar en París?

—En mi casa de la calle de la Victoria, ó tal vez...

—Tal vez...

—¿Quién sabe? puede ser que en el Luxemburgo.

Despues echándose hácia atrás, como si sintiese haber dicho tanto, aun al que miraba como su mejor amigo:

—Camino de Orange, dijo al postillon, y lo mas pronto posible.

El postillon, que no esperaba mas que una orden, arreó sus caballos; el carruaje partió, rápido y tronante como el rayo, y desapareció por la puerta de Oulle.

III.

* El inglés.

Roland permaneció inmóvil en su sitio, no tan solamente mirando el carruaje, sino largo tiempo despues que este hubo desaparecido.

Despues, sacudiendo la cabeza como para hacer caer de su frente la nube que la anublaba, volvió á entrar en la posada y pidió un cuarto.

—Conducid al señor al núm. 3, dijo el posadero á una doncella.

La doncella cogió una llave colgada de una ancha tablilla de madera negra, en la cual estaban ordenadas, sobre dos líneas, de números blancos, é hizo seña al jóven viajero de seguirle.

—Mandadme subir papel, pluma y tinta, dijo el jóven al posadero; y si Mr. de Barjols se informa de donde estoy, dadle el número de mi cuarto.

El posadero se conformó con las intenciones de Roland, que subió detrás de la muchacha silbando la *Marsellesa*.

Cinco minutos despues, estaba sentado junto á una mesa, teniendo delante, la tinta, el papel y la pluma pedidas, y preparándose para escribir.

Pero en el momento en que iba á trazar la primera línea, dieron tres golpes á su puerta.

—Entrad, dijo volviendo sobre uno de sus pies de atrás el sillón en que estaba sentado, á fin de hacer cara al visitador, que en su apreciación, debía ser Mr. de Barjols, ó uno de sus amigos.

La puerta se abrió con un movimiento regular como el de un resorte, y el inglés apareció en el dintel.

—¡Ah! exclamó Roland, encantado de la visita por el punto de vista de la recomendación que le había hecho su general, ¿sois vos?

—Sí, dijo el inglés, yo soy.

—Seais bien venido.

—¡Oh! Que sea bien venido, tanto mejor, porque no sabía si debía venir.

—¿Por qué?

—A causa de Aboukir.

Roland se echó á reír.

—Hay dos batallas de Aboukir, dijo: la que hemos perdido, y la que hemos ganado.

—A causa de la que habeis perdido.

—Bueno, dijo Roland, uno se bate, se mata, se estermina en el campo de batalla; pero esto no impide de ningún modo que se apriete la mano cuando se encuentra en tierra neutral; os repito, pues, seais bien venido, sobre todo si queréis decirme por qué venís.

—Gracias; pero ante todo leed. Y el inglés sacó un papel de su bolsillo.

—¿Qué es? preguntó Roland.

—Mi pasaporte.

—¿Qué tengo yo que ver con vuestro pasaporte? preguntó Roland; no soy de la policía.

—No; pero como vengo á ofreceros mis servicios, tal vez no los aceptarais si no supierais quien soy.

—Vuestros servicios, caballero?

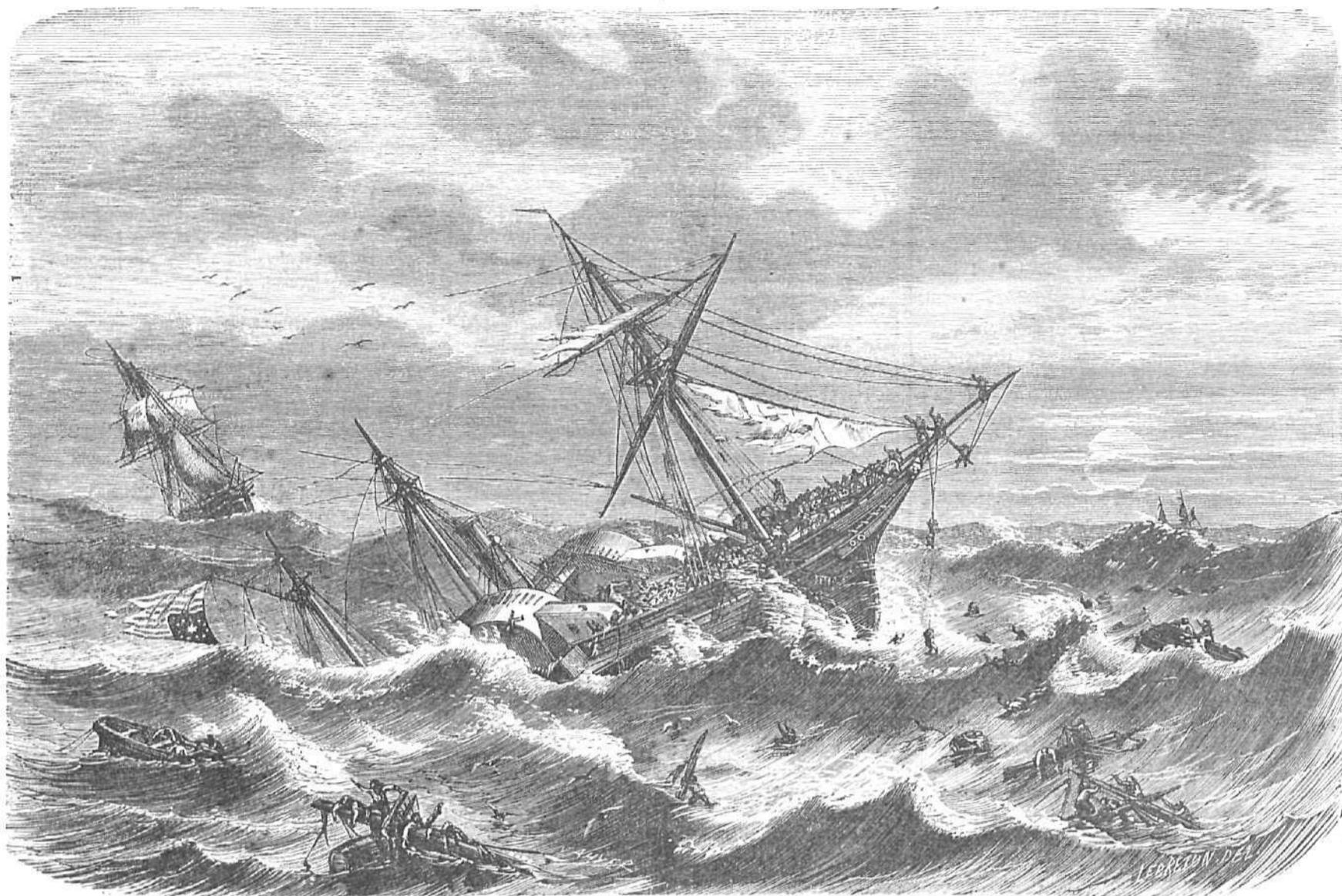
—Sí; pero leed.

—Roland leyó:

«En nombre de la República francesa, el directorio ejecutivo invita á las autoridades á dejar circular libremente y á prestarle ayuda y protección en caso de necesidad á Sir John Tanley Esq. en toda la extensión del territorio de la República.

Firmado: Fouché.

(Se continuará.)



Copia de un cuadro pintado por Marco Larson. (Efecto de noche.)

LOS DOS AMANTES.

I.

Era una noche de diciembre de 1830: la oscuridad del cielo, cubierto de pardas nubes, no permitía ver á cierta distancia mas que la nieve que cubría, como una blanca alfombra, las calles de la pintoresca Bilbao: el aire penetrante y frío, en vez de rizar la superficie del río Nervión que besa las odoríferas riberas de la risueña villa, empezaba á helar sus limpias linfas que remedaban un trasparente cristal: ni un solo viviente transitaba por la población; y solo se descubría entre las sombras que enlutaban la creación, al vigilante sereno que, envuelto en un capote burdo, su chuzo en la mano derecha y el farolito en la izquierda, interrumpía cada media hora el silencio sepulcral que reinaba, cantando la hora que marcaba el reloj de la villa.

De repente se abrió la puerta de una casa de las Cujas, dando paso á una muger afligida que, dirigiéndose al sereno, le dijo:

—¿Quiere V. acompañarme á la iglesia de Santiago?
—¿Pues qué novedad ocurre?
—Que mi amo el señor don Pedro se ha puesto de mucha gravedad.
—¿De veras?
—Creo que no tendremos la dicha de que amanezca vivo.
—¿Y María?
—María, su pobre hija, no se aparta un instante de su lado: le cuida, se anticipa á sus deseos para complacerlos; le anima... pero ¿de qué sirven los afanes del cariño filial cuando la Providencia ha marcado el hasta aquí del hombre?...
—Teneis razon.
—¡Pobre señorita!...
—Ciertamente que es digna de compasion: sin madre, sin hermanos, sola en el mundo ¿qué será de ella cuando le arrebató Dios el único ser de la familia que le quedaba?... Si al menos se hubiera casado con ese jóven que tanto le ama...
—¿Con Fernando?...

—Sin duda: todos dicen que es tan bueno, tan honrado...
—Y en eso no hacen mas que pagar tributo á la verdad; y lo que es mi señorita y él, se aman con una pasion sin límites. Si la vierais, como yo la veo, llorar á todas horas; cubrir de besos el retrato del hombre único á quien ama y

amará sin duda; si la vierais escribir de noche en su diario, esas sentidas y amorosas cartas dictadas por la pasion mas profunda y pura; si la vierais, repito, hacer todo esto, os interesaríais doblemente por su suerte.

—¿Y por qué no se unen, puesto que tanto se aman?
—Porque mi amo se opone á ello.
—¿Se opone?... ¿Pero qué causa justa puede alegar para separar dos almas que han nacido la una para la otra?
—¿Olvidais el pleito ruidoso seguido por muchos años entre el padre de mi señorita y el de Fernando, y que terminó hace poco con la sentencia de que pasaran á poder del segundo la hacienda y la casa de que estaba el primero en pacífica posesion?

—Sin duda.
—Pues ahí teneis el origen de la oposicion de mi amo á que se case María con el hijo de su despojado. Cree que la sentencia fué debida á viles manejos puestos en juego por su contrincante, y este convencimiento le obliga á que mire con horror las pretensiones de Fernando hácia su hija. Pero con nuestra charla estamos desperdiçando un tiempo precioso.

—Teneis razon.
—Marchemos en busca del sacerdote, y en el camino os contaré otras muchas cosas que no os disgustará saberlas.
—Pensais perfectamente: no nos detengamos ni un instante.

Y el servicial sereno y la afligida muger, se dirigieron hácia la iglesia de Santiago.

En aquel momento apareció otro hombre en la calle: el rumbo que traía era opuesto al que llevaban nuestros dos interlocutores: su paso era veloz y venia embozado hasta los ojos: de repente se detuvo en la casa de que hemos visto salir á la criada, entró en la puerta que esta habia dejado por olvido abierta, y subió de tres en tres peldaños la escalera.

El reloj marcaba en aquel instante la una: el sereno se detuvo un momento; y despues de cantar en alta voz la hora, continuó su camino, torciendo á poco la esquina de la calle que volvió á quedar triste y solitaria.

II.

Mientras los dos personajes que hemos dado á conocer en el capítulo anterior, marchan entretenidos en una animada conversacion en busca del sacerdote que debe consolar los últimos instantes del mortal que se encuentra á las

puertas de la eternidad, penetremos en la casa por cuya puerta hemos visto entrar al desconocido embozado.

Es una alcoba humilde, en cuyo fondo se descubre un balcón que dá á la calle, y al través de cuyos cristales se ve la agonizante luz de un farol empañado por el hielo que lo cubre; junto á la pared mirase un limpio lecho, en el cual espera, con resignacion cristiana, el último momento de su vida, un anciano de fisonomía venerable y varonil: á la cabecera de la cama se nota una imagen preciosa del Salvador en el momento augusto de espirar por la redencion del género humano: junto al lecho, y apretando entre sus blancas manos las yertas del triste moribundo, se ve una jóven hermosa como las vírgenes de Murillo, pura como los ensueños de la virtud, y melancólica como la esperanza desvanecida. De sus grandes y negros ojos, velados por larguissimas pestañas, se desprenden algunas lágrimas que ruedan por su blanca faz, como las transparentes gotas del rocío sobre las dulcidas hojas de la naciente flor. En la puerta que dá entrada á esta lúgubre alcoba, se ven dos largas cortinas que están estendidas para impedir que penetre el aire al abrirla.

Todo yacía en el mayor silencio: las palabras habian cedido su lugar al sentimiento; y aquellos dos seres, únicos moradores del edificio, estaban demasiado embebidos en sus ideas para tratar de interrumpirlo.

Sin embargo, los ojos del anciano no se apartaban de los del ángel que le custodiaba: veía las lágrimas que á su pesar brotaban del corazon prensado por la pena, y creyendo descubrir en aquel llanto otro afecto menos puro que el del sentimiento que producir puede la muerte de un padre, se acomodó en el lecho, apretó en su seca mano la de su querida hija, y haciendo un esfuerzo para hablar, la dijo con débil é interrumpida voz estas palabras:

—No quiero penetrar, María, el origen de tus lágrimas: conozco tu pureza y tu amor filial, y no creo que al sentimiento del temor de perderme se una otro bastardo que pueda manchar tu acrisolada virtud.

—¡Ah!... ¡padre mio!... Esclamó la jóven, dando libre suelta á su llanto hasta entonces comprimido; vos sois el único objeto que llena todo mi corazon en este instante: vuestra vida me interesa mas que la mia; mas que la de todos los seres de la tierra.

—Te creo, hija mia, te creo; y tus palabras son un bálsamo que suaviza el hondo dolor de mi alma. Sin embargo, María, yo se que á tu edad echa profundas raíces el amor, y que difícilmente se puede desterrar la memoria del hombre á quien se ha tenido la debilidad de entregar entero el corazon.

La jóven comprendió el objeto á que se encaminaban aquellas palabras, y se estremeció en la silla. El anciano advirtió aquel estremecimiento por el sacudimiento de la

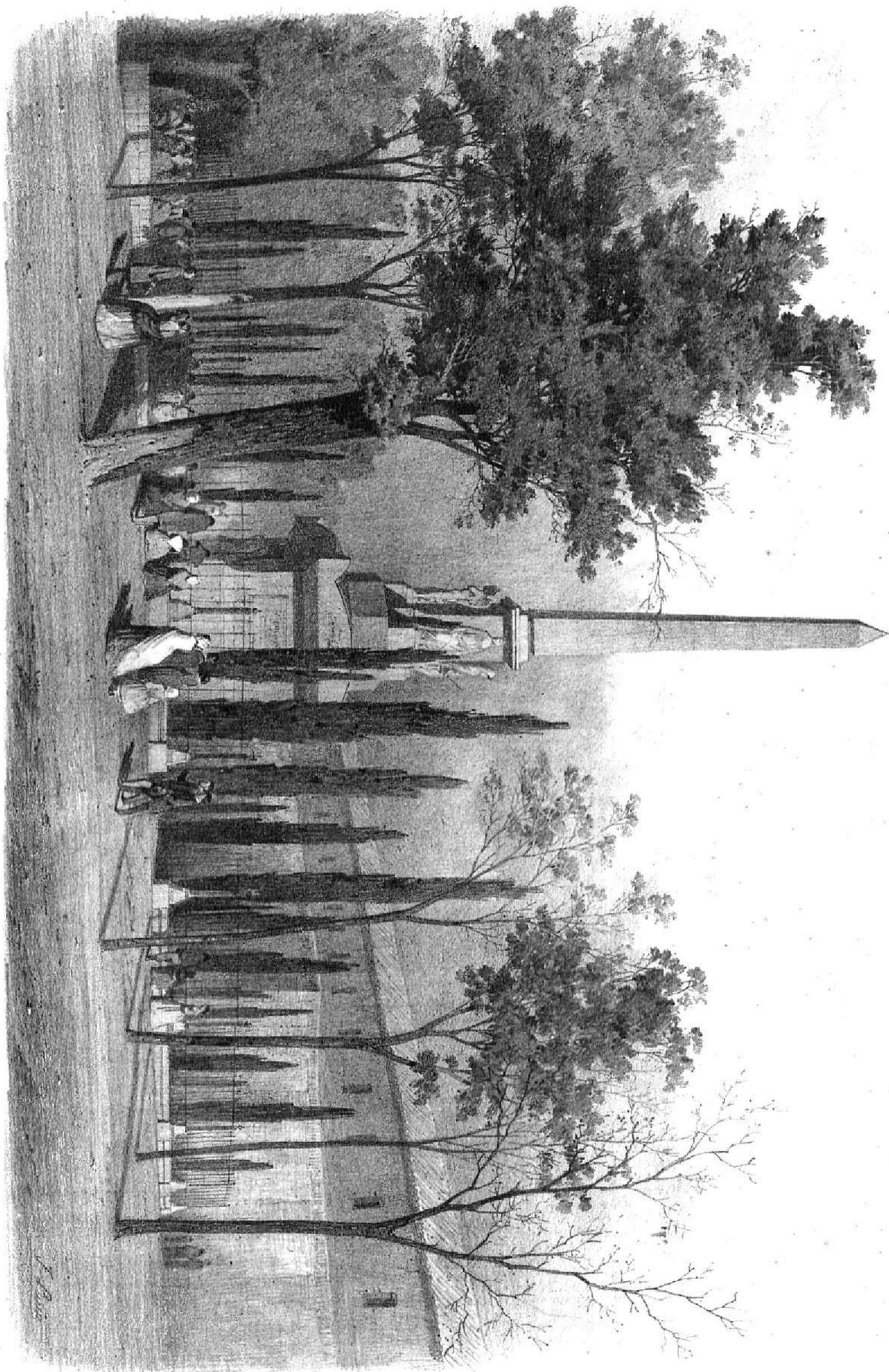


lit. de J. J. Martínez editor.

BARTOLOMÉ MURILLO.

Regalo á los suscritores á el periodico el Mundo Pintoresco.





Monumento del 2 de Mayo.

mano de su hija que estrechaba en las suyas, y temiendo que se realizasen sus temores, continuó.

—¡Voy á morir dentro de poco, hija mía! Sí, voy á morir... conozco que mi fin se acerca violentamente, y no quiero llevar á la otra vida un temor que amargaría mis últimos instantes. ¿Serás tan cariñosa y tan tierna, que me concedas la dicha de abandonar este mundo con la paz y la calma en el corazón?

—¿Podeis dudarle, padre mio?... ¿Podeis dudar del verdadero amor de vuestra pobre María?...

—No, yo no dudo de tu amor; pero temo que el sacrificio que voy á exigir de ti, te parezca injusto y superior á tus fuerzas.

—Me ofendeis, padre mio, con solo temer que haya para mí sacrificio alguno, cuando se trata de complaceros; de corresponder al acendrado amor que habeis dispensado siempre á vuestra hija.

Dijo María, bien agena de pensar que lo que de ella se iba á exigir, sería una cosa que equivaliera á la desgracia de toda su vida. Su padre la miró con sin igual ternura; ébrio de amor, y mas tranquilo con la esperanza que habian derramado en su alma las palabras que acababa de escuchar, la dijo con el acento mas tierno:

—Dios premiará tu bondad, hija mía; y puesto que todo estás resuelta á concederme, prométeme que no te unirás jamás á Fernando; que nunca serás su esposa; que nunca volverás á escuchar sus peligrosas palabras de amor: prométemelo para que muera tranquilo.

María quedó como herida de un rayo; sin comprender lo que la pasaba; abrumada con el peso de una exigencia que le arrebatava todas sus esperanzas; que desvanecía todas las ilusiones alimentadas con la risueña perspectiva de un lionjero porvenir lleno de amor y de delicias: su corazón se oprimió hasta el grado de impedirle la respiración, y casi estuvo á punto de caer sin sentido.

El anciano comprendió la lucha de sentimientos que se operaban en el alma de su querida hija; pero á pesar de lo mucho que sufría al verla padecer; á pesar de que por su felicidad hubiera sacrificado hasta su propia vida, no cambió en su propósito: antes por el contrario, creyendo que era un deber oponerse á la realización de un enlace meditado por los dos jóvenes, trató de ahogar en su pecho todo sentimiento de condescendencia paternal; revistiéndose, en consecuencia, de una energía que solo puede inspirar el convencimiento que tenemos de un sagrado deber; y dando á su rostro una severidad que heló la sangre de la joven, añadió:

—Tu silencio, María, está contrastando con tus protestas de obediencia: yo necesito hechos y no palabras: júrame, pues, hija mía, que no te unirás jamás con Fernando; con el hijo del hombre que labró mi ruina, despojándonos de cuanto teníamos.

Las cortinas de la puerta que daba entrada al cuarto, se movieron violentamente: María volvió la cara, y al fijar los ojos, vió detrás de ellas la figura de su desgraciado amante que, embozado en su capa, la miraba de hito en hito como en espera de su sentencia de vida ó de muerte.

María se estremeció al reconocerle, y exhaló un profundo suspiro, que el moribundo atribuyó á la lucha interior que sufriría para vencer su amor ante los sagrados fueros del deber.

—¿No me respondes, hija mía? volvió á añadir el anciano, bien ageno de creer que sus palabras eran oídas por el hombre que era dueño del corazón de María.

—Olvidad, padre mio, todos los asuntos de la tierra; dijo María con la mayor dulzura; conocéis mi virtud, y sabeis que antes de dar un paso contrario al honor, consentiría en perder la vida.

—En vano tratás de dar otro giro á mis ideas; en nombre del cielo, prométeme renunciar á Fernando sino anhelas verme morir desesperado.

—¡Padre mio!... ¡padre mio!... Contestó María volviendo la vista hácia la puerta y fijando sus ojos arrasados en lágrimas, en los de su amante que la devoraba con los suyos, demandándola compasion.

—¡Hija ingrata!... exclamó el anciano exaltado con la resistencia de la enamorada joven; tú me abres la puerta del sepulcro con tu desobediencia: tú derramas en mi corazón en los últimos instantes de la vida, todas las penas y todos los tormentos que acosan á la humanidad: tú me niegas la felicidad de morir tranquilo para alcanzar la gloria, y tal vez me abras las puertas de mi eterna perdición.

—¡Ah!... no... no; ¡padre mio!... no nie acuseis así por Dios... ¡vuestra salvación antes que todo!...

—Pues bien; júrame que no te unirás con el hombre á quien amas con todas tus potencias... ¡júramelo, hija mía!...

La cortina volvió á moverse violentamente: María dirigió la vista hácia ella, y descubrió claramente á su amante de pie, inmóvil, pálido, fijos los ojos en ella como demandando compasion, y no se sintió con fuerzas para prestar un juramento que iba á labrar la desgracia del ser que idolatraba.

—María, añadió el anciano viendo la resistencia de su hija; siento mi frente ya fria; conozco que mi vida está acabando por momentos, y necesito morir seguro de tu obediencia. En nombre del cielo, prométeme que no te unirás á Fernando.

—¡Insistís, padre mio!

—¡Insisto: júramelo.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

—¡Quiéres que muera entregado á la desesperación que nos separa del Eterno?...

—¡Ah!... no... jamás... pronta estoy á hacer todos los sacrificios... ¡sí!... padre mio!... yo renuncio á mi felicidad, yo os prometo, y juro ante ese Dios que os espera, que nunca seré la esposa de Fernando.

El ruido como de un cuerpo que cae en tierra se oyó detrás de la cortina: María se cubrió el rostro con ambas

manos: el anciano besó la frente de la desdichada joven, la bendijo y espiró.

La inconsolable amante vió en un momento desaparecer de su lado cuanto amaba: midió el insondable abismo que la separaba de Fernando: miró muerto á su padre, y lanzó un grito espantoso que se confundió con el rugido del impetuoso viento que en aquel instante se desencadenaba.

III.

Los tibios rayos de un sol envuelto entre las densas nubes de un día lluvioso, penetraban por los pintados cristales de las altas ventanas de una casa de las tiernas esposas del Señor. Las religiosas y gratas armonías del órgano sonoro, se elevaban á los cielos como las plegarias de los justos: el templo estaba cubierto de una multitud de personas que habian acudido al santuario, ávidas de presenciar una augusta ceremonia; la abnegacion de una muger llena de vida y de juventud, que renuncia á todos los placeres con que le brinda el mundo, por las privaciones y mortificaciones del claustro. ¡Oh influjo poderoso de la religion!... ¡Tú eres el dulce consolador de las desgracias! ¡tú el puerto de salvación, al cual arriba en las borrascas de la vida el desgraciado mortal que naufraga en el turbulento mar de las pasiones!

Los ojos de toda la concurrencia se fijan en las candidas esposas de Cristo, en medio de las cuales resalta una joven de célica hermosura, esbelta como la palmera del desierto, pura como el amor de los ángeles, y apacible como la dulce brisa que halaga el perfumado cáliz de las blancas flores.

¿Quién es esa joven?... ¿qué objeto la lleva á ese claustro cuya reja impenetrable la separa del resto de los vivientes? ¿qué indica esa ceremonia religiosa que se celebra? La joven es María: su objeto entregarse con toda el alma al servicio de Dios; la ceremonia su profesion.

Puesto su pensamiento en el Infinito Ser á quien va á pertenecer para siempre, procura arrancar de su corazón todo sentimiento terreno que pueda entibiar su amor celestial; y permanece con los ojos fijos en el suelo para no ver los objetos que le rodean.

Entre la multitud que la contempla, descúbrese un joven de varonil y simpática fisonomía, de robusto cuerpo y de luenga cabellera, que no aparta ni un instante la vista de ella: en su pálido semblante se ve pintado el mas profundo dolor: semejante á una estatua, aquel hombre permanece inmóvil, y á no ser porque se advierte en él esa respiración agitada que revela grandes y terribles sensaciones, cualquiera le hubiera tomado por un ser inanimado.

De repente cesa el órgano: las esposas de Cristo se dirigen hácia un lado del coro bajo: la gente se agrupa: María presenta su esbelta cabeza, y sus abundantes trenzas caen cortadas bajo el filo de la terrible tiguera. El joven, que sigue con la vista hasta los mas leves movimientos de María, exhala un profundo suspiro; siente sus ojos humedecidos de lágrimas, y se apoya, para no caer, á una de las columnas de la iglesia.

De repente se oye la voz del ministro del Señor. La nueva esposa de Cristo escucha con religioso fervor sus palabras; responde poco despues á las preguntas que el digno sacerdote le dirige: el joven oye con sobresalto los votos que la virgen pronuncia con voz clara y firme; votos que la separan del mundo; y al ver terminada la ceremonia; al ver que habia desaparecido para él toda esperanza; al ver que nada le quedaba ya sobre la tierra, lanza un grito espantoso que hiere los oídos de la que acababa de entregarse á Dios, y sale precipitadamente de la iglesia pronunciando estas palabras: ¡Ya no existe María para Fernando!

IV.

Pocos dias despues de que tuvo lugar la ceremonia que alzó una insuperable barrera entre los dos amantes que tantas veces habian jurado no separarse hasta la muerte, dos personas, anciana la una y joven la otra, se paseaban á orillas del Nervion, por el delicioso paseo del Campo Volantin, seco y triste entonces por la rigorosa estacion de las nieves y de los hielos.

La de mas edad, que contaria unos cincuenta y seis años, seguía con la vista los mas ligeros movimientos de la otra que representaba de veinte y dos á veinte y tres años, y que caminaba cabizbaja y distraída, como un ser que marcha sin objeto fijo y devarando en secreto los tormentos que le desgarran el corazón.

De repente se detuvo como reflexionando; exhaló un suspiro, y escribió sobre la arena con el baston que llevaba en la mano, estas palabras: «¡Ya no existe María!... ¡Todo acabó para mí!...» Despues miró al cielo; asomaron á sus ojos algunas lágrimas; se cruzó de brazos, y se quedó quieto, fijando la vista sobre lo que acababa de escribir.

La persona que le acompañaba se acercó; le tendió la mano sobre el hombro, y le preguntó con el acento del mas profundo interés.

—¿Qué es eso, Fernando?... ¿Qué es eso, hijo de mi corazón?...

—¿No lo veis?... Es su tumba: es el epitafio de María que me olvidó; que se burló de mí, y por la cual se ha trastornado mi razon. Sí; porque yo conozco, padre mio; yo estoy

loco... mi cabeza no conserva las ideas claras como en otro tiempo.

—Olvida eso, hijo mio: recobra tu pasada alegría. —¿Olvidar?... ¡imposible!... ¿No oís el viento que zumba en nuestros oídos?... pues es la voz de María que recorre el mundo, diciendo: «¡He muerto para tí!...»

Y Fernando volvió á marchar cabizbajo, escribiendo en todas partes, con el baston, las mismas palabras. El infeliz no habia podido resistir al terrible golpe de la pérdida de la muger que amaba, y perdió la razon desde el mismo dia en que vió desaparecer de su lado al objeto en quien habia cifrado su ventura, su mundo y su amor.

—Aun puedes ser feliz, Fernando; volvió á decir el anciano con ese cariño que brota del corazón paternal.

—¿Yo feliz!...

—Sí; ¿no hay otras mugeres que puedan inspirarte el amor que María?...

—No, no hay, padre mio; además, ¿quién querría amar á un miserable loco?...

—No faltaria: ¿por qué no hacer la prueba?...

El semblante de Fernando cobró una severidad terrible: fijó los ojos con aire amenazante en el anciano, y luego mordiendo los labios hasta hacerse sangre, contestó con voz de trueno.

—No volvais á proponerme tal cosa... María era todo para mí... y á nadie mas que á María puedo amar... ¿lo habeis oído?... á ella sola. Pero, ¿dónde se halla?... ¿Dónde la dejó yo la última vez que la ví?...

Y luego como recobrando una idea, dió un grito de alegría, sonó las palmas con frenesí, y echó á correr precipitadamente hácia el lugar en que estaba la iglesia en que habia profesado María.

V.

No habian trascurrido aun diez meses desde la profesion de la joven que figura en nuestra novela, cuando se celebraban en el mismo convento los funerales de una digna esposa del Señor, que cubierta de flores blancas y coronada con las mismas, permanecía en medio del coro bajo, siendo el objeto de la admiración de sus virtuosas compañeras, y del público que se agolpaba á la reja para contemplarla. Era María, hermosa como en los dias mas bellos de su vida, pues aun la muerte habia respetado aquel rostro donde estaban retratados el pudor y la inocencia. En su semblante parecia vagar la sonrisa celestial que anima la dulce fisonomía del inocente niño cuando sueña con las caricias de una amorosa madre.

Desde que habia renunciado al mundo, María solo se habia ocupado de Dios; y si alguna vez la debilidad humana le traía á la memoria otros recuerdos que mas de una vez le habian halagado en la tierra, llamaba con toda fé en su auxilio al Salvador del género humano; se imponía penas severas por la mas ligera distracción, y pedía con un fervor intenso que la llamara hácia sí el Eterno.

Sus ruegos no fueron estériles, y la joven vió llegar el término de sus dias como el principio de una eterna felicidad.

Estendida por todas partes la fama de su vida ejemplar, todo el mundo acudió á verla, no bien se divulgó la noticia de su muerte.

Un murmullo de asombro y de admiración circulaba entre los circunstantes, cuando se acercó precipitadamente á la reja, un hombre con la ropa y el cabello en desorden, que fuera de sí y con voz ronca y destemplada, y haciendo esfuerzos inauditos por romper la reja que le separaba del cuerpo inanimado, exclamó:

—¡Huid!... ¡miserables!... ¡huid!... ¡dejadme entrar!... ¡esa es mi esposa!...

Los circunstantes llenos de asombro, fijan la vista en él que tales gritos lanza; y al reconocerle, dicen con tristeza:

—¡Es su amante!... ¡Es el loco infeliz!... ¡Pobre Fernando!...

VI.

Al dia siguiente, la gente se agrupaba á la orilla del muelle de Bilbao adonde se acercaba un bote conduciendo á un ahogado que los marineros habian encontrado flutuando en medio de la ria.

Era Fernando que, en un acceso de locura, y al ver muerta á la muger que tanto habia amado, se arrojó al Nervion, cuyas ondas pusieron término á su vida y á sus padecimientos.

¡Desgraciados jóvenes! El amor habia unido sus almas, que los intereses materiales de sus padres habian separado, y que Dios las volvió á unir en su mansion resplandeciente.

NICETO DE ZAMACOS.

TOROS.

SEGUNDA CORRIDA
DE LA PRESENTE TEMPORADA.

Aranjuez 25 de abril de 1858.

INTRODUCCION.

Dejemos correr la bola
Que de todo encierra el mundo,
Y fuera error muy profundo
Quererle desengañar;
Así pues, al que blasona
De talento, siendo un necio,
Debeis, en vez de desprecio,
Su necedad aprobar.

(SENTENCIA DE S. I. DE P.)

Introduccion no omito á esta corrida,
Carisimos lectores, aunque intento
Trascribir imparcial, como acostumbro,
Estado *magnus* que á la vista tengo.
Mas antes de empezar, nada mas justo
El decir sin andar con mil tropiezos,
Que no sirve Madrid para ver toros,
Ni brilla cual debiera ningun diestro.
Viva siempre la bella Andalucía,
Noble cuna de célebres toreros;
Rincon de gloria, tierra de mugeres,
Donde todo mortal se queda lelo.
El que quiera gozar, vaya á Sevilla,
A Cádiz, á Jerez, Ronda y el Puerto,
O si exhausto se encuentra su bolsillo,
Vaya mas cerca que saldrá contento.
Mas con tanto decir, será forzoso
Descifrar este enigma, sin rodeos;
Hablé por Aranjuez, saco el estado,
Y escribo la corrida por estenso.

Retinto, muy boyante y receloso
A la arena salió el vicho primero;
De cabeza, de pies y de trapío,
De Gaviria y con cabos muy bien puestos.
Quince varas recibe y cinco jacos
Furibundo mató el animalejo.
Tres pares me soporta de rehiletes;
Y de buena estocada recibiendo,
Difunto lo dejó el Salamancaño,
Que aunque no lo defiendan, es torero.

Boyante y muy retinto fué el segundo;
Siete varas le ponen al momento;
Ocho pares; y el Labi lo despacha,
Dándole tres pinchazos y una en hueso.

Corni-alto, boyante, de trapío
Y retinto tambien, salió el tercero;
Once varas le endosan; siete palos;
Y Mendivil lo mata de una á un tiempo;
Otra baja además; y por si acaso,
Le suelta la tercera que fué en hueso.

De muchos pies, retinto, de trapío,
Fué buen mozo el cuarto y corni-abierto.
Ocho puyas recibe, con paciencia,
Y espirando me deja á dos jamelgos.
Cinco palos le ponen con arrojo,
Y Casas, le da muerte muy sereno,
De un volapié feliz; y el de Gaviria
Muerto quedó, con otra recibiendo.

De cabeza, de pies, claro-retinto,
El quinto fué además corniveleto.
Le ponen siete varas, y tres jacos
Deja en el redondel por casi muertos.
Cuatro palos le plantan, y Suárez
A sus piés lo tendió, de dos á un tiempo.

Receloso, boyante, de trapío,
Corni-alto, y retinto fuera el sexto.
Nueve varas le endosan, y de rabia
La vida hizo perder á dos podencos.
Cuatro palos le cuelgan en los morros,
Mendivil despachándolo ligero.

RESUMEN.

Mi parabien reciba el Empresario,
Muñoz, los Toros, Arco, el Naranjero,
El Servicio, Mazpule, el Cabo, Rico,
Juaneca, el Labi, el Cucó, el Esterero,
Mendivil, Barrambin, hasta Pucheta,
Y por punto final, tambien Mateo.
Cifra corona, Julian, por siempre
Y si tengo que darle algun consejo
Solo será, que siga trabajando
Y en la vida haga caso de los necios.

CUARTA MEDIA CORRIDA
DE LA PRIMERA TEMPORADA.

Madrid 26 de abril de 1858.

INTRODUCCION.

Si á mi revista anterior
Defectos mil la pusieron,
Los criticos solo fueron,
Pero no mi director.

(CADA CUAL ATIENDA A SU JUEGO...)

Es tan injusto, don Justo,
Que no me puedo callar,
Y con justicia diré
Mientras viva la verdad.
¿Piensa usted que por su nombre
Me calle, sin mas ni mas?
Equivocado anda el mozo
E injusto hace tiempo ya.
No es justo, señor don Justo,
Que se guarde, con afán,
Los talegos, en su casa,
Que saca á la vecindad.
Si usted con justicia obra,
Empezará por quitar
Los topes á las garrochas
Que solo ocasionan mal.
¿Piensa el injusto, don Justo,
Que cansado no estoy ya
De ver por toros, cabestros
O becerros de mamar?
Si los topes no me quita
Y si toros no me dá,
Le juro á té de mi nombre
Que me voy á desatar.
¿Juzga usted, caro don Justo,
Aunque injusto por demás,
Que se juega con el público,
Con descaro sin igual,
Emboisándose el dinero,
Riéndose y sin trabajar?
Los topes quite ligero;
La puya aumente algo mas;
Y baje un poco la entrada
Que bastante rico está.
¿Piensa el Hernandez, injusto,
Que se me puede ocultar,
Por qué los topes agranda
Y mayores los pondrá?
Como que todos los toros
No merecen ni un real,
Y soy de su señoría
De incógnita propiedad,
No quiere que se castiguen
Para que puedan brillar,
Fastidiando á los güetes
Que son buenos, en verdad,
Y perdiendo al contratista
Del ganado caballar.
¿No sabeis, caros lectores,
Por qué mamones me dá?
Es muy sencillo y no quiero
Ocultaros la verdad.
Beceros son de tres años,
Que los paga, sin igual,
Al contado, ó bien a plazo,
A treinta pesos el par;
Y como sabe de fijo
Que se lidie dejarán,
Sale del paso, los suelta,
Y aumenta su capital.
Y por último, ¿se ignora
Por qué batatos están
Los asientos de la plaza
Que debiera rebajar?
Es cosa que todos saben...
Y si no... lo aceptarán,
Pues le pusieron, don Justo,
En la pila bautismal.
Como pasa en toda Europa
Por desprendido y sagaz,
Quiere hacer un *buen acopio*
Y sus bienes prodigar,
Eduicando un asito
En medio de una ciudad;
Mas se calta y no designa
Si en España ó Portugal.
Concluyo mi introduccion
Y si lo saco á bailar
Otra vez en mi revista,
Sé que no le agradará.
Así pues, quitele el tope,
Tan grande y descomunal,
A los pobres picadores
Que las gracias le darán.
Toros de plaza me dé...
Tengamos la fiesta en paz...
Que cada toro me cuesta
¡Ocho cuartos! ¡un real!!
Un favor pedirle quiero
En pró de la humanidad:
Hebaje un poco la entrada,
Que pobre no quedará,
Y puede que á grandes voces

Os aclamen *liberal*;
Desprendido, que es lo mismo,
Y no le puede gustar
La palabrilla escapada
De mis labios sin maldad,
Al censor, á quien respeto,
Y me la deja pasar.
Señor don Justo atencion;
Bastante le he dicho ya...
Que sale el vicho á la plaza
Y no me quiero cansar.

Pegajoso, de cabeza,
En el redondel está,
El retinto, de Zapata,
Andaluz sin mas ni mas.
Arrancaba desde lejos,
Y era el vicho, sin igual,
Corni-abierto y de trapío;
Y acabo de mencionar
Las prendas del primer toro
Diciendo, que el animal
Recargaba sin cuidado,
Cual coqueta suele amar.
Seis puyas tomó de Charpa;
Besó el suelo nada mas;
Y á su jaco, moribundo
Lo llevan al hospital.
Pinto, tambien le acomete,
Haciendo al toro saltar,
Las ocho varas que puso
No en el morro, hácia detrás,
Destrozándole un jamelgo
Que en él se pudo vengar.
Dos pares de banderillas
Puso Lillo, sin igual;
Y Belo, con poca gracia,
Del número la mitad.
Curro Guillen, me lo envía,
Con pases al natural,
De un magnífico gollete,
Para siempre á descansar.

Del Marqués de la Conquista
Fué el segundo que salió;
Corni-veleto era el vicho
Y blando de condicion;
Retinto, de mal trapío
Y á la muerte se aplomó.
Como llegaba y pegaba,
Once puyas, con primor,
Le pusieron Pinto, Charpa,
Y el valiente Calderon.
Tras batacazos se dieron,
Y el contratista perdió
Un par de jacos, que daba
Solo al verlos, compasion.
Par y medio de rehiletes,
Que no se ponen peor,
Le planta Muñoz al toro,
Como hacerlo puedo yo;
Y aumentando solo medio,
Lo mismo le endosa Anton.
Suena el clarín á la muerte
Y el Tato lo concluyó,
De tres volapiés, que el público
Dijo sin justa razon:
«Bravo Sanchez» pues el último,
Por alto, se le escapó.

Del Marqués y de Trujillo
El tercero fué; buen mozo,
Retinto, blando y luido,
Bien puesto y bajo de lomos.
Charpa le dió tres puyazos;
Y Pinto, dos varas solo
Logró que tomase el vicho
Pues le gustaban muy poco.
Nicolás Baro, prendióle
Cuatro palos con aplomo;
Y la Pulga — ¡pobre Pulga! —
Un par con miedo espantoso.
Al Curro tocó matarle
Y fuese derecho al toro;
Le dió tres pases muy buenos
Y naturales del todo;
Una le señala en hueso;
Otra á un tiempo, y reinatólo
Descordándolo, con gracia,
Entre aplausos del contorno.

Era el cuarto, de Zapata,
De poca cabeza, blando,
Corni-abierto, sin trapío,
Buena planta y hechos malos;
Mas no por eso omitiera
Su color retinto-claro.
Dos varas tomó de Charpa,
Y al verse tan obligado,
Recibe otro par de Pinto,
Que rodó con su caballo,
Perdiendo en sangrienta lid
Su existir, el pobre jaco.
Belo, siguiendo su escuela,
Le pone tan solo un palo;

Mas el Lillo, con desgracia,
Par y medio bien plantado.
El público se impacienta
Al ver tan atroz engaño,
Y pide, con algazara,
Que le dé la muerte el Tato.
El diestro sale; lo cita
Y consiguió despacharlo
De dos mete y saca, en premio
De ser un vicho tan malo.

El quinto fué de Zapata,
De buena estampa y trapío,
Pegajoso, corni-alto,
Y con el pelo sabino.
De Charpa, tomó tres varas,
Y el picador, fué cepillo
Del suelo, que lo limpió
Con sus costillas; de Pinto,
Seis tambien, de media anqueta,
Que mal pararon al vicho;
Y cuatro de Calderon,
Con tres buenas de Pepillo.
Anton y Muñoz, tres pares,
Le pusieron al descuido;
Y Curro lo despachó,
Con cuatro pases muy limpios
Naturales y de pecho,
De una arrancándole el vicho.

El sexto, de buen trapío,
Toro del Señor Marqués,
Que aunque de poca cabeza,
Oscuro-retinto fué;
Algo duro, corni-abierto,
Boyante y de muchos pies.
Tomó once varas de Charpa,
Calderon, Pinto y José,
Quedando el primero y último
De cara en el redondel,
Y perdiendo cuatro potros
El uno, el cuatro y el tres.
Solo un par de banderillas,
Baro, le endosa esta vez;
Y Pulga, por imitarle,
No se las puso al revés.
El Tato, jóven... de planta,
Y de los toreros prez...
Segun dicen, de una baja,
Muerto le dejó á sus pies.

El sétimo al redondel
Salió, batiendo las palmas
Aquel cúmulo de almas,
Nueva torre de Babel.
Era de Satan aborto,
Pegajoso, bravo, duro,
Desarmando muy seguro,
De sentido y corni-corto.
De buena sangre y retinto,
Seis cabalitos mató,
Y sin monturas dejó
A Charpa, á Pépe y á Pinto.
Diez rehiletes le plantaron,
El Tato y Curro Guillen,
Con suma gracia, y tambien
Muchas palmas le tocaron.
Con su *garbo* natural,
Suárez se presentó,
Y al gollete que le dió,
Dijeron todos: «muy mal.»

RESUMEN.

Tan llena la plaza
Divisa don Justo,
Que casi de gusto,
Se pone á bailar;
Alegre saltaba
Diciendo cual loco,
Que dentro de poco
Se vá á retirar.
Decente servicio
El circo tenia,
Pues nadie sabia
Al diestro acudir;
Mas no soy severo,
Y solo les digo,
Como buen amigo,
Que sepan cumplir.
Setenta puyazos
Exactos se dieron,
Y jacos murieron
Quince nada mas;
Cuarenta rehiletes
Y tres, muy maestros,
Pusieron los diestros
Cual nunca verás.
Reciban coronas
El Tato y el Lillo,
El Curro y Pepillo,
Tambien Calderon;
Que INFANTE Y PALACIOS
No aplauda lo malo,
Y si tiende el palo
Con justa razon.

VARIEDADES.

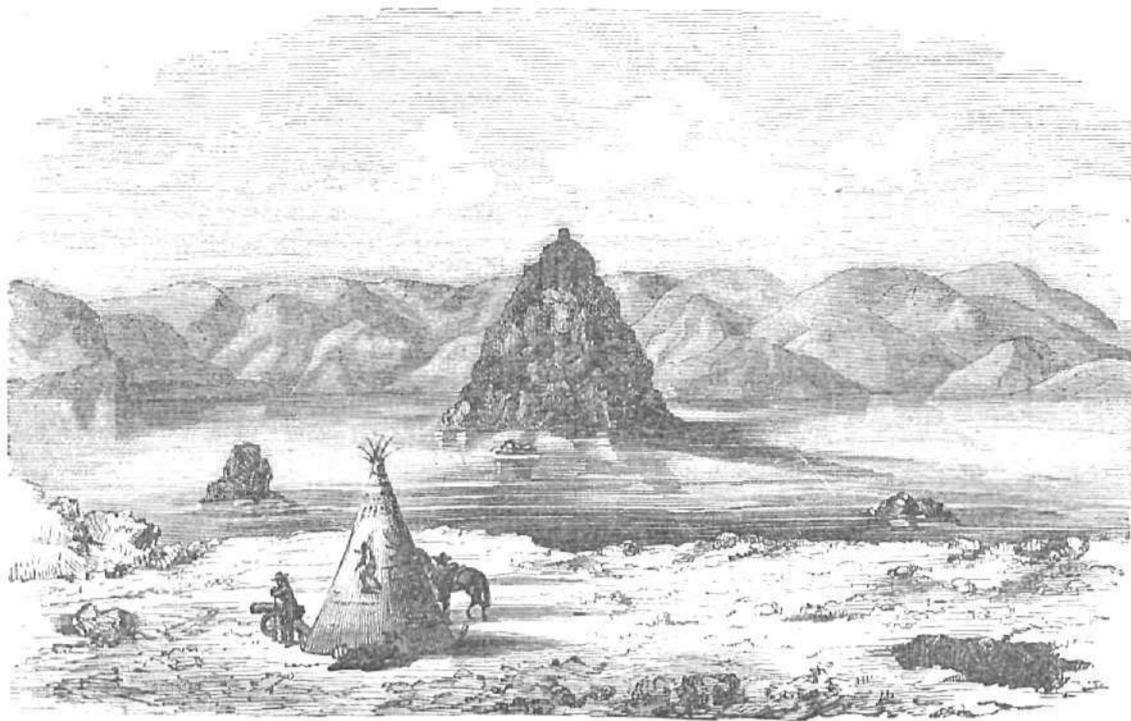
Una de las cosas que presentan más interés y curiosidad al viajero, dice Mr. Bird, en la América del Norte, es una roca basáltica cuya forma semeja á la de las torres arruinadas de un viejo castillo.

Está colocada á las orillas del río de Colombia en una de sus afluentes más anchas que bajan de las montañas Pedregosas y se sumergen en el Océano Pacífico.

Este torreón macizo corta el horizonte y detiene las miradas del explorador.

No muy lejos de él corre el río Walah-Walah, que con el Lewis-Forth, se precipita en el Colombia y forma uno de los más magníficos ríos del mundo, y en el cual los navíos de mayor porte remontan hasta 150 millas de su embocadura.

Enfrente de este monolito extraño se eleva el monte Hood, uno de los picos más elevados de las montañas de las cascadas, llamadas de este modo, por la serie de caídas de agua que se precipitan de sus cimas.



Roca basáltica de Colombia.

RECUERDOS DE LA INDIA.

Toda la noche habíamos estado jugando al whist.

Maxey ganaba, como siempre, puesta sobre puesta; su fisonomía estaba radiante, mientras que las nuestras empezaban á entristecerse.

De repente el rostro de Maxey se altera; parece vacilar, cuando siempre jugaba con tanta seguridad.

—¿Qué tenéis Maxey? ¿por qué no jugáis? exclamó Churchill, el calavera más amable que ha vestido jamás el uniforme de guardia de corps.

—¡Silencio! respondió Maxey, que palidecía cada vez más.

—¿Te sientes indispuerto? dijo otro, haciendo un movimiento para levantarse, porque efectivamente parecía que se hallaba muy malo.

—¡Por el amor de Dios, estaos quietos! respondió Maxey, con una voz llena de angustia: ¡si tenéis en algo mi vida, no os mováis!

—¿Qué quiere decir? ¿ha perdido la cabeza? dijo Churchill volviéndose hacia mí.

—¡No hagáis el menor movimiento! dijo Maxey conteniendo la voz de tal manera, que dejaba escapar las palabras sin producir ninguna alteración en su cuerpo! ¡Si os movéis, soy hombre muerto!

Todos nos miramos con terror.

—No os mováis, añadió, todavía hay alguna esperanza; tengo enroscada en la pierna izquierda una culebra de cascabel.

El instinto de nuestra conservación nos hizo hacer un movimiento para alejarnos, pero una mirada suplicante del paciente, nos contuvo. Sabíamos muy bien que si la culebra dejaba á Maxey para buscar á otro y morderle, este otro podía mirarse como perdido; tan terribles son los efectos del veneno de este espantoso reptil.

El pobre Maxey estaba vestido como se viste todavía en Madras para ir á las soirées, es decir, con calzon corto y media de seda, de manera que sentía perfectamente todos los movimientos de la culebra.

Su rostro estaba lívido; las pocas palabras que pronunciaba, salían de su boca sin hacer mover los labios; apenas respiraba; tal era el temor que tenía de alarmar á su enemiga y apresurar el momento fatal.

Nuestra ansiedad no era menor que la suya.

—¿Cómo se enrosca! murmuró Maxey, ¿cómo se enrosca!... la siento fría... fría, apretarse contra mi pierna... Mandad buscar leche... en nombre del cielo... que la pongan en un plato... á mi lado... y verter una poca por el suelo.

Churchill repitió el orden en voz baja, y un criado se deslizó fuera de la habitación.

—¡No os mováis! ¡en nombre de todo lo que conocéis de más sagrado, no os mováis! Bien pronto estará decidida mi suerte... Tengo en Europa á mi mujer y dos hijos... decidles que muero bendiciéndolos... que mis últimos pensamientos son para ellos... que les dejo todo cuanto poseo... ¡Ah!... cómo la siento deslizarse hacia arriba... me parece que siento su aliento... ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡qué muerte me tenéis reservada!

El criado trajo la leche; la dejó en el suelo siguiendo las órdenes de su amo, y se retiró más pálido que todos nosotros.

—¡Nada!... ¡nada!... dijo en voz baja el paciente... Se enrosca cada vez más... Me parece que ha levantado la ca-

beza... será para poder morderme mejor... No me atrevo á mirar... ¡Recibe mi alma, Dios mío! y perdóname...

Después de algunos instantes de silencio, añadió:

—Nunca he sido cobarde; quisiera mostrar ahora valor, pero esto está fuera del alcance de todo valor humano... Morir por el diente de este animal inmundo... saber que su veneno vá á correr por mis venas;... ¡horror!... ¡horror!... No digáis que soy cobarde... Me sería indiferente morir de un sablazo ó un pistoletazo en un campo de batalla... pero por este animal... por este asqueroso animal... ¡Ah!... ha deshecho un pliegue;... me deja poco á poco... Es que se dirigirá hacia uno de... ¡Ah! no, no, es la leche la que lo atrae.

Todos hicimos un movimiento involuntario.

—¡Oh! ¡por piedad! ¡no os mováis! continuó, sino soy hombre muerto... Me vá á dejar, no os mováis... pero estad en guardia... ¡Churchill, Churchill! ten cuidado... ¡creo que vá hacia tu lado!

Churchill permaneció inmóvil como una estatua.

—¡Oh! si se vuelve á enroscar soy hombre perdido... Pero no, me parece que me ha dejado del todo.

Entonces Maxey se atrevió á mirar debajo de la mesa.

El último pliegue de la culebra estaba en el suelo alrededor de su pié, la cabeza la tenía dentro del plato de la leche.

—¡Me he salvado! ¡me he salvado! exclamó Maxey levantándose de su silla para ir á caer desmayado en los brazos de su fiel criado.

Es inútil decir que en aquel mismo instante todos nos dispersamos.

La culebra fué muerta de un sablazo al tiempo de deslizarse por la ventana.

Los menores detalles de esta espantosa escena, han quedado grabados en mi memoria con rasgos indelebles. Sus consecuencias fueron bien funestas para el pobre Maxey; después de haber arrastrado algunos años una vida de languidez, bajó á la tumba bien joven todavía.

Un día muy lluvioso, Balzac iba á pie por las calles de París.

Balzac, como casi todos los hombres de talento, tenía el más profundo horror á ese mueble accidental que se llama paraguas.

Sin embargo, como el cielo dejaba caer el agua de una manera espantosa, y Balzac no veía ningún coche á su alcance, tomó el partido de refugiarse bajo la primera puerta que encontró.

De repente vé en la casa de enfrente, á una mujer que de tiempo en tiempo levantaba la cortina de su ventana para mirarle.

—¡Calla, dijo el más fecundo de los novelistas franceses; á fé mía que es bien curiosa, pero es más bella que curiosa, y se arregló lo mejor que pudo su traje, algo estropeado por la lluvia, mientras que la cortina se levantaba y se bajaba dando mucho en que pensar á Balzac.

Le parecía que había visto á aquella mujer en la Opera, y empezó interiormente á dar gracias á Dios por aquella bienhechora lluvia que él tomaba por un presagio de amor.

Pero cuál fué su sorpresa, cuando vió salir de la dicha casa á un criado con un paraguas en la mano y dirigirse hacia él diciéndole:

—Señor, tomad este paraguas que mi señora os envía.

Tan estupefacto quedó Balzac, que no dirigió ninguna palabra al criado.

Tomó el paraguas, se quitó su sombrero, saludó con la mayor galantería á la señora, que permanecía siempre detrás de la cortina, y se alejó con una sonrisa de vencedor.

A la mañana siguiente, muy temprano, Balzac se levantó, se vistió su mejor traje negro, se perfumó, se peinó lo mejor que pudo, compró un par de guantes blancos, y tomando el paraguas en cuestión, se puso en camino para dar las gracias por su galantería á aquella encantadora mujer.

Pero al llegar delante de la casa, conoció que todavía no había sonado la hora de las visitas, y pensó que sería más galante guardar el paraguas como recuerdo, aunque estaba algo estropeado, y comprar otro nuevo para dárselo á la señora como si fuese el suyo.

Cuando dieron las dos, Balzac se hizo anunciar, entró y presentó su paraguas balbuceando algunos cumplimientos.

La señora lo tomó y lo colocó en un rincón sin apercibirse del cambio.

—No hay de que darme las gracias, dijo, mi paraguas está siempre á vuestra disposición.

—Pero... en fin... señora, dijo el seductor de cuarenta años; vos no me habéis enviado el paraguas en vano, eso no es costumbre, y á menos que no haya una causa extraordinaria, me parece que...

La señora se apercibió de la intención con que la hacía aquellas preguntas, y le dijo:

—Ciertamente, tenía una causa para enviaros mi paraguas, y como os aprecio, no tengo ningún inconveniente en deciroslo; esperaba á una persona que debía venir á verme justamente á la hora en que os hallabais enfrente de mi ventana, y como me incomodaba vuestra presencia, os envié mi paraguas para que os marchaseis al momento; ahí tenéis toda la historia.

Un hombre preguntaba á Aristipes, ¿qué clase de mujer debía tomar?...

—«No sé, le respondió: hermosa os hará traición; fea os desagradará; pobre os arruinará; rica os dominará.

—«Consultadlo vos mismo y no pidais consejo.»

El duque de Orleans era de una gordura extraordinaria; volviendo un día de caza dijo á los gentiles-hombres que le rodeaban:

—«Creí caer en un barranco.

—«Mousséon, respondió uno de ellos, se hubiera llenado.»

Por todo lo no firmado: el secretario de la redacción,

SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Calderon.

GEROGLÍFICO.

LO +++ LO SER

LO Y LO +++ SER

LA SOLUCION, EN EL PRÓXIMO NÚMERO.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1858.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez, calle del Desengaño, núm. 40.